

lante, en la esperanza de abrir camino á nuevos progresos. Tal fué el campo en que se movieron desde este instante los dos partidos políticos.

No fueron de menor importancia las ventajas alcanzadas por la nueva organización en las relaciones exteriores. Citaremos aquí el caso de Neufchatel y el servicio militar á cuenta del extranjero. En el siglo XV, la comarca de Neufchatel era aliada de Suiza; en mil setecientos uno, fué incorporada á Prusia por derecho de herencia; en mil ochocientos catorce, pasó á ser cantón suizo, reservándosele á Prusia sus derechos de soberanía; pocos días después de la revolución de Febrero, los republicanos, por un golpe de audacia, se apoderaron del castillo real, declararon caducados los derechos de Prusia y proyectaron una constitución republicana; por último, al darse Suiza la organización federal, Neufchatel fué unido á la confederación como cantón republicano, sin acordarse de salvar los derechos de Prusia. Federico Guillermo, embargada su atención por los movimientos revolucionarios de su reino y de Alemania, no pudo en mucho tiempo ocuparse en este incidente; más tarde, recobrada la tranquilidad, dirigió un llamamiento á los neufchatenses realistas, los cuales se lanzaron á la toma del castillo, que no pudieron conservar por ser los menos, siendo desalojados de él por los republicanos, después de haberles hecho muchos prisioneros. Ante esta actitud amenazadora de Prusia, Suiza en masa se levantó á favor de los republicanos de Neufchatel. Un soplo patriótico inflamó todas las almas; jóvenes y viejos manifestáronse igualmente dispuestos al último sacrificio, y cuando Prusia se preparó á la acción, todos corrieron con júbilo á las armas, con una resolución y un concierto que asombraron á todo el mundo. Gracias que, por mediación de las potencias, especialmente de Napoleón III, la cuestión se resolvió en paz, renunciando Prusia sus derechos de soberanía á cambio de concesiones de poca monta, en particular, el título de príncipe de Neufchatel, que conservó su monarca. Demostración tan vigorosa no habría sido posible bajo el antiguo régimen. Menos lo habría sido la abolición del vergonzoso servicio militar á cuenta del extranjero, indigno de un Estado republicano. La Constitución de mil ochocientos cuarenta y ocho no decía una palabra acerca del particular, ni autorizaba ni prohibía nuevas capitulaciones; un año después, el partido radical consiguió ya que se condenase el enganche abierto por el rey de Nápoles para sofocar las revoluciones italianas, y en mil ochocientos cincuenta y nueve se prohibió terminantemente á los suizos servir en ejércitos extranjeros, poniéndose con esto fin al tráfico de sangre suiza que había subsistido durante cuatro siglos. Tales y tan grandes han sido los beneficios que ha reportado Suiza de su organización federal. Mientras bajo la antigua liga de los Estados había marchado á remolque de las potencias extranjeras, Suiza tenía ahora una política nacional, independiente, para cuya defensa se unían todos los partidos. De aquí la actitud enérgica y moderada al par del Consejo federal, gracias á la que Suiza ha sido respetada por todas las naciones, ha salido airosa

de todos los conflictos y ha disfrutado de inalterable paz, á cuya sombra han prosperado sus ciencias y sus artes, su comercio y sus industrias.

En España, la implantación del régimen representativo no adelantaba un paso. Donde la conciencia es esclava, no puede la vida producirse en forma libre. Tres siglos de despotismo teocrático, actuando sobre terreno abonado, habían moldeado el cerebro de los españoles para la servidumbre, y no había poder capaz de hacer brotar de repente en sus almas la concepción del ciudadano, el voluntario acatamiento á la ley, la libre disciplina social, condiciones indispensables para la práctica del régimen liberal. Arriba seguía imperando el capricho, el desprecio á la ley; abajo, la obediencia forzada, medrosa; en todas partes, la intolerancia y el fanatismo. A un pueblo así en vano se le dictan leyes y constituciones, que sólo sirven para agravar el reinado de la fuerza. Llamáranse moderados ó progresistas, los partidos políticos se caracterizaban igualmente por la violencia y la intransigencia. El primer poder del Estado seguía siéndolo el clero, que si había perdido parte de sus bienes, conservaba íntegro el dominio sobre las conciencias. El trono, ocupado por una débil mujer, tan sobrada de sentimiento como falta de discreción, se movía al empuje de las conspiraciones soldadescas. Isabel II conservaba de sus antepasados el concepto patrimonial del reino y la devota sumisión á la Iglesia. Por lo primero, entendía que podía gobernar sin dar cuenta á nadie, á su antojo, y así hacía y deshacía ministerios con veleidad asombrosa; por lo segundo, prevalecían en su corte y eran sus principales confidentes curas, frailes y monjas. El trono buscaba apoyo en el altar. El ejército, envanecido de haber sometido á los carlistas, creía que le correspondía el gobierno del reino por derecho de conquista, y no había general que no se tuviese por un consumado gobernante. Por tal modo se entronizó el régimen militar. Espartero seguía siendo el ídolo de los progresistas; Narváez, el jefe de los moderados; en medio de los dos, más cerca del uno ó del otro, según las circunstancias, estaban O'Donnell, Prim y Serrano; y alrededor de estos jefes moviase una pleyade de generales ilustres, los Pavía, los hermanos Concha, los Dulce, los San Miguel, los Echagüe, los Zabala, los Ros de Olano, los Alcalá Galiano y otros ciento. Representante de la fuerza, no iba el ejército á dar ejemplo de obediencia á la ley donde nadie la cumplía; su modo de proceder eran las sublevaciones, los pronunciamientos. Menos mal que el ejército era nacional, que en él figuraba la flor y nata de la sociedad española y que, por su rivalidad con el clero, cuyo predominio no podía soportar, casi siempre se inclinaba á las soluciones liberales. Conocidos los elementos del Estado español, veamos el desarrollo que tuvieron en este tiempo.

Narváez, que desde el tres de Octubre de mil ochocientos cuarenta y siete se hallaba al frente del ministerio sin oposición, restableció el orden en la casa real y envió á Pavía á pacificar Cataluña. La revolución de Febrero de mil ochocientos cuarenta y ocho no dejó de trascender á España, sacando de quicios al partido progresista, que intentó

promover motines y pronunciamientos. Narváez no se anduvo con paños calientes: suprimió periódicos, desterró á Olózaga á Cádiz, deportó á Filipinas buen número de acusados, mandó fusilar á unos cuantos soldados rebeldes é invitó á salir de Madrid al embajador de Inglaterra, que al parecer alentaba á los revoltosos. Este acto de valor hizo al ministro muy popular y le captó las simpatías del extranjero, contribuyendo, sin duda, á que el gobierno de Isabel fuese reconocido por Prusia, Austria y la Santa Sede. De esta perturbación se aprovecharon los carlistas para lanzarse de nuevo al campo, en las Vascongadas, Navarra, Cataluña, Extremadura y Andalucía; mas la intentona fracasó en todas partes, y el mismo Cabrera, que se levantara en el Maestrazgo al frente de cinco ó seis mil hombres, herido en un combate, se retiró á Francia el veinticinco de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve. Victoriosos los constitucionales, el gobierno francés impidió al conde de Montemolin, hijo de don Carlos, pasar la frontera, y el nueve de Junio, Narváez terminaba con lucimiento la guerra carlista, decretando una amnistía general. Como muestra de respeto á la Santa Sede, á la nota colectiva de Pío IX á las potencias cuando la sublevación de Roma, el gobierno liberal contestó enviando á Italia nueve mil soldados, que ocuparon á Terracina, luego á Velletri y, después de tomada Roma por los franceses, á Spoleto y Narní. En estas circunstancias, cuando Narváez se creía, y con razón, más seguro que nunca en el poder, fué derribado por una conspiración palaciega, que fraguaron el rey, el padre Fulgencio y Sor Patrocinio, y sustituido por un ministerio absolutista, bajo la presidencia de Cleonardo. Este cambio causó general y profundo disgusto: la reina tuvo miedo, se arrepintió de lo hecho y volvió á llamar á Narváez, no habiendo durado más que cuarenta y ocho horas el que por esta razón se llamó «ministerio relámpago». Los conspiradores recibieron su merecido: el padre Fulgencio fué desterrado á Archidona; Sor Patrocinio, á Talavera, y se despojó al rey, que fué desde entonces enemigo irreconciliable de Narváez, de la Intendencia del Real patrimonio y del gobierno de Palacio. Narváez trató luego de ordenar la hacienda y dirigir la actividad del país á las grandes empresas industriales; pero era menester para esto equilibrar el presupuesto mediante economías en el ejército, empresa que no se atrevió á acometer, presentando la dimisión el diez de Enero de mil ochocientos cincuenta y uno.

En los tres años que siguieron á la retirada de Narváez, la reacción mansa empleó todas sus arterias para volver al antiguo régimen. Los gabinetes Bravo Murillo, Roncali, Lersundi, Sartorius, que se sucedieron en este tiempo, fueron meros instrumentos de la política personal de la reina, que, juguete de los clericales, profesaba odio al liberalismo y quería suprimir las cortes. Bravo Murillo confirmó el concordato concertado con la Santa Sede, por el que la religión católica siguió siendo la única autorizada en España; se concedió á los Obispos el derecho de inspeccionar las escuelas y los libros, y si se legitimaron las ventas de bienes eclesiásticos, se otorgó de nuevo al clero el derecho de

adquirir inmuebles. El nacimiento de la infanta Isabel, el veinte de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno, y el atentado del cura Merino contra la reina, exaltando los sentimientos leales de los españoles, proporcionaron al ministerio Roncali ocasión de publicar en la *Gaceta de Madrid* importantes proyectos de reforma constitucional. Se pensó en un golpe de Estado, idea que se abandonó ante las protestas de la prensa; y habiendo fracasado Roncali, por la oposición del Senado, en su empresa de efectuar la reforma legalmente, la reina llamó á Sartorius, uno de los partidarios más resueltos de la política absolutista. El Senado respondió á esta decisión declarando, para poner coto á los agios del duque de Rianzares, que en adelante no se contrataría la construcción de ninguna vía-férrea cuya concesión no hubiese sido votada por las dos Cámaras. Durante siete meses, la corte pareció empeñada en la loca tarea de desafiar á la opinión: por decreto se promulgó el presupuesto, de lo que protestaron en una hoja los redactores de los siete periódicos más importantes de Madrid; se castigó con prisión ó destierro cualquier gestión á favor de la convocatoria de cortes, y se puso á Madrid en estado de sitio. Imposible soportar tamaña osadía. El veintiséis de Abril de mil ochocientos cincuenta y cuatro, se publicó el primer número del periódico *El Murciélago*, en que se atacaba al banquero Salamanca, al duque de Rianzares, á Cristina, á la reina y á la camarilla. Tan grande fué la impresión causada por aquellas amargas revelaciones, debidas en parte á la pluma de Cánovas del Castillo, que, el veintiocho de Junio, O'Donnell se ponía al frente de los regimientos de caballería de Madrid para derribar el gobierno de los polacos. A su encuentro salió, con la infantería y artillería, el general Blaser. Chocaron en Vicálvaro: Blaser hizo algunos prisioneros: O'Donnell se retiró á Aranjuez. Ocurriósele á Cánovas del Castillo, viendo cuán peligrosa era la situación de O'Donnell, la idea de atraer á su causa á los progresistas, y al efecto, presentó al general el manifiesto, que éste se apresuró á publicar, conocido con el nombre de «Programa de Manzanares». En este documento se mantenía la dinastía, pero se pedía la convocatoria de Cortes constituyentes, el restablecimiento de la milicia, más libertad, más justicia y la descentralización municipal. Para desvirtuar el efecto del programa de Manzanares, la reina despidió á Sartorius y llamó á Córdoba. Fué en vano. El diez y siete de Julio, en la corrida de toros, los madrileños pidieron el himno de Riego, y por la noche, grupos recorrieron las calles, gritando: «¡Viva la milicia! ¡Muera Cristina! ¡Mueran los ladrones!» y, enardeciéndose los unos á los otros, allanaron y saquearon el palacio de la reina madre. Córdoba consiguió dejar expeditas las calles céntricas; pero las de la parte Norte se erizaron de barricadas. El diez y ocho por la mañana, la reina cedió en parte, sustituyendo á Córdoba por el duque de Rivas y prometiendo convocar las Cortes. Madrid no varió de actitud. El miedo sugirió á Isabel la idea de huir á Aranjuez, que no ejecutó por consejo del embajador de Francia. Se apeló á otros procedimientos, como el de indultar y conferir el grado de gene-

ral al coronel Garriga, uno de los prisioneros de Vicálvaro condenado á muerte, para que hiciese parar el fuego. Nada se adelantó: el diez y nueve había en Madrid más de tres mil insurrectos armados. Montpensier reunió en su casa á unos cuantos amigos del partido progresista, los cuales tomaron la resolución, capitaneados por el general San Miguel, de interponerse como mediadores entre el pueblo y la corte. Al cabo, la reina cedió, nombrando á San Miguel capitán general de Castilla la Nueva y llamando á O'Donnell y Espartero. Ocho días estuvo Madrid entregado á la anarquía, hasta el veintiocho de Julio, en que llegó Espartero por la mañana y O'Donnell por la tarde. Un mes después, Cristina salía de España camino de Portugal.

Las elecciones enviaron á la Constituyente mayoría de diputados liberales y progresistas, que formaron la «Unión liberal», bastantes progresistas intransigentes, veintitres demócratas y un absolutista, D. Cándido Nocedal. Confióse á Espartero la presidencia de las Cortes, y se votó casi por unanimidad el mantenimiento de la monarquía. Sin dificultad se redactó la Constitución de mil ochocientos cincuenta y cinco, paráfrasis de la de mil ochocientos treinta y siete; pero fueron tan graves las que surgieron en la cuestión de Hacienda, que fué menester acordar la venta de todos los bienes de manos muertas. La reina sancionó esta ley de muy mala gana; hubo que desterrar otra vez á Sor Patrocinio, que tenía sugestionada á Isabel, y á dos curas de Madrid, por difundir la especie de que el Cristo de San Francisco vertía gotas de sudor. La muerte de D. Carlos, acaecida el treinta de Marzo de mil ochocientos cincuenta y cinco, cuyos derechos pasaron á su hijo el conde de Montemolín con el nombre de Carlos VI, provocó la aparición de partidas en Navarra, Aragón y Cataluña, que fueron fácilmente disueltas, y las Cortes, creyéndose seguras y fuertes, suspendieron sus sesiones el diez y siete de Julio. Al reanudarlas el primero de Octubre, muchos diputados, que habían visitado aquél verano la exposición universal de París, regresaron con ideas más templadas y más prácticas; la sátira comenzó á morder al duque de la Victoria, y esto sugirió á O'Donnell, que siempre se había inclinado al partido moderado, el proyecto de suplantar á Espartero. No tardó en lograrlo. Habiéndose producido trastornos en Castilla la Vieja, O'Donnell se negó á perseguir á sus autores, que pertenecían al partido moderado, en vista de lo cual los ministros progresistas presentaron la dimisión, que la reina aceptó. Espartero, viéndose burlado, renunció la presidencia de las Cortes, quedando O'Donnell dueño del campo. Anteponiendo el poder á los principios, el ambicioso general, después de haber sofocado unos cuantos motines progresistas, volvió pura y simplemente á la Constitución de mil ochocientos cuarenta y cinco, sin más diferencia que la de prometer en acta adicional una legislatura de cuatro meses por año, algunas garantías para la libertad de la prensa y de la persona. Pero el burlador de Espartero fué á su vez burlado por la reina. Pidióle ésta la suspensión de la venta de los bienes eclesiásticos; se la concedió O'Donnell, sin fijarse en lo que

con ello se desacreditaba, y entonces Isabel, viéndole desautorizado é impotente, le despidió el doce de Octubre de mil ochocientos cincuenta y seis. Narváez volvió al poder y repuso las cosas al ser y estado en que se hallaban antes de Vicálvaro.

Para consolar á los españoles de la libertad perdida, Narváez se dedicó á promover el desarrollo del bienestar y de la cultura. Contrajo un empréstito de trescientos millones de reales, con el que se empezaron las obras del Canal de Lozoya y la transformación de la Puerta del Sol; creó la Academia de Ciencias Morales y Políticas, una comisión de estadística, y abrió una exposición agrícola en Madrid. Pero sus severidades le hicieron impopular, y la reina le despidió el veinticinco de Octubre de mil ochocientos cincuenta y siete. Después del nacimiento del príncipe de Asturias, el veintiocho de Noviembre, Isabel emprendió un viaje á Valencia y Alicante; á su regreso, inauguró el Canal de Lozoya, y comprendiendo, al fin, que perturbaba el reino y comprometía la corona con sus tentativas de reacción, llamó al poder á O'Donnell, cuyo ministerio, con programa fijo, con Cortes, diputaciones provinciales y ayuntamientos dóciles, había de ser el más largo y el más fecundo del reinado de Isabel II.

La revolución de Febrero de mil ochocientos cuarenta y ocho no hizo mella en Portugal, cuyo desarrollo, con sus pronunciamientos, sus golpes de Estado y sus innumerables cambios en el personal del ministerio, apenas difiere del de España. También aquí, el régimen representativo era importación extranjera, que chocaba con las costumbres; también aquí, las ideas y los principios eran fórmulas vacías, que servían de juguete ó de arma á los partidos, pero que nada significaban para el pueblo, que, desatento y cansado, sólo buscaba el bienestar material. Las luchas entre el general Saldanha y Costa Cabral llenaron los años que siguieron á la revuelta de mil ochocientos cuarenta y siete. «Falto de ideas, los partidos y los programas no eran para Saldanha otra cosa que instrumentos, nada más, y como los partidos y los programas nacían, crecían y se deshacían constantemente, el general, al fin de su vida, contaba casi tantas opiniones sucesivas como años». Duro y autoritario, Costa Cabral tenía á su favor la facilidad en los negocios y la práctica del gobierno. Al triunfar de su rival en mil ochocientos cuarenta y nueve, trató, como hábil político, de retener al viejo soldado y encadenarle á su causa; pero Saldanha, más dócil á la voz del amor propio que á la del interés, rechazó las ofertas y se pasó á la oposición. Dos años tardó en preparar sus fuerzas: se ganó la confianza de las personas más distinguidas del país, como Ferrer, Souza, Pestana y Herculano; se fingió liberal para engañar mejor á los liberales, que esperaban tener en él una apariencia de jefe y gobernar en su nombre adulándole y pagándole, y el diez y siete de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno se sublevó en Oporto, con ayuda de un rico industrial progresista, Victorino Damasio, y el quince de Mayo entró triunfante en Lisboa, aclamado por la población entusiasta como regenerador del país. ¡Valiente regenerador! La coalición